

par un lugar en el paraíso? En la persona del buen Dimas Jesús lo ha prometido á todos, con la sola condición de imitar á este dichoso y sincero penitente: si el demonio arrojó á Adán del paraíso terrenal, el nuevo Adán ha abierto á todos los pecadores arrepentidos el paraíso celestial¹. Apresurémonos á entrar por esas puertas tantos siglos cerradas, y hoy abiertas con la llave de la cruz: acojámonos á la diestra del Salvador y roguémosle con el buen ladrón que se acuerde de nosotros y haga mercedes á su pueblo. *Memento nostri, Domine, in beneplacito populi tui*².

TERCERA PALABRA.

Mulier, ecce filius tuus! Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua!
(Io. 19, 26. 27.)

Cooperación á la obra de la Redención: la dispensación maternal y la misión de la mujer.

1. Jesús, el mejor de los hijos y próximo á morir, no podía mirar con indiferencia la suerte de su amada madre, que con tanto dolor como ternura le acompañaba allí cerca de la cruz³, no podía alejarse de ella para siempre y dejarla en la orfandad. He ahí el significado literal de la tercera palabra que articuló el Redentor: *Mulier, ecce filius tuus!... Ecce mater tua! Mujer, ve ahí á tu hijo: Juan, mira ahí á tu madre*. Al discípulo amado con predilección le recomienda que cuide de su madre, que mire por ella y su regalo, como si lo fuera de él: y á María le señala y da por hijo al hijo suyo, al amigo fidelísimo, al Apóstol más lleno de ternura y más resplandeciente de pureza virginal. Así cumple el buen Jesús con sus deberes de hijo, dándonos á todos

¹ S. Leo M.

² Ps. 105, 4.

³ Io. 19, 25.

ejemplo y lección elocuentísima de amor y reverencia filial. ¡Incomparable madre de tal hijo! ¡Felicísimo discípulo á quien cupo la suerte de recibir á María en calidad de madre por legado y testamento del mismo Jesucristo! ¡Oh, y quién pudiera participar de la rica herencia de Juan! ¡Quién lograra tener á María, á la Madre del mismo Dios, por propia y verdadera madre! ¡Quién pudiera servirla como á tal, y merecer sus favores! ¡Albricias, cristianos! Nosotros tenemos todos esa dicha. El designio de Jesús no es ya un enigma. La Iglesia ha visto en la persona del amado discípulo el representante de toda la humanidad redimida; y en la Mujer, la mujer por antonomasia así llamada por Cristo en el Calvario, *Mulier*, ha reconocido también la corredentora del género humano, la segunda Eva, la verdadera Madre sobrenatural de todos los vivientes. Meditemos en esta verdad consoladora.

2. La Redención, mis amados oyentes, no se había de realizar, según el plan divino, por la acción sola de la Divinidad, sino también por la cooperación de la criatura. ¿Qué necesidad tiene Dios de ser coadyuvado en la ejecución de una obra toda suya, y efecto del poder de su brazo? Ninguna ciertamente; y así, la cooperación del hombre en la obra divina, obedece únicamente á la suave y eficaz ordenación de aquella Providencia que: *Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*¹. Habiendo Dios de salvar al hombre, ha querido hacerlo por el hombre, según atestiguan á una voz las divinas Letras. *Envió Dios al mundo á su Hijo, formado y nacido de mujer... para redimir á los que vivían debajo de la ley*². Pudiendo,

¹ Sap. 8, 1.

² Gal. 4, 4 sq.

pues, salvar al hombre sin descender á la tierra, ha querido bajar á ella y revestirse con los viles harapos de nuestra naturaleza; pudiendo hacerse hombre por un simple acto de su voluntad, como hizo al primer hombre, sin el concurso de ningún otro agente, ha dispuesto hacerlo en el seno y de la sangre virginal de una mujer y con el concurso de la libre voluntad de la que escogía por madre. ¡Misteriosa economía de la grande obra del Altísimo! *Quis novit sensum Domini?*¹ Aparece, pues, María cooperando en primer término á la obra divina de la Encarnación, que no es sino la Redención iniciada en Nazaret para consumarse en el Calvario. He aquí la razón de la presencia y aun de la intervención de la misma Virgen singular en los misterios que se perfeccionan en la cima del monte santo de la expiación. Sin ella no se había empezado la reparación humana, sin ella tampoco había de darse por concluída. María, la Mujer, ocupaba en el Gólgota el puesto que la Sabiduría infinita le había señalado al lado de Jesús, del Hijo del hombre. Jehovah lo había dispuesto así desde el origen de la creación: *Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adiutorium simile sibi*². Hablaba del primer hombre, no en tiempo sino en dignidad, hablaba de Cristo, nuevo Adán, y acordaba darle en la mujer por excelencia, en la mujer bendita entre todas las mujeres, una auxiliadora que le fuese en todo semejante: *adiutorium simile sibi*. ¡Ah! ¡no estaría bien que el Redentor expirase sobre la cruz en perfecto aislamiento, que no se hallase allí una madre que le aliviase á lo menos con la expresión de sus ojos arrasados en lágrimas! Y sí está bien, muy bien,

¹ Rom. 11, 34.² Gen. 2, 18.

que María vele el sueño mortal de su divino Hijo, al pie del lecho en que agoniza: *Stabat mater dolorosa iuxta crucem lacrimosa dum pendebat Filius*¹. María, la criatura más semejante, más idéntica á Jesús, la más madre de todas las madres, le ayudará á soportar el peso de las iniquidades del mundo criminal, á beber el cáliz del desamparo del Eterno Padre y de la infidelidad de sus amigos, á apurar la amarga copa de la muerte. No morirá con él, y éste será su más atroz martirio; pero inmolará también su vida, ofreciendo la de su Hijo por la salud del mundo. Será, pues, auxiliadora eficaz del Redentor; será corredentora con él; será madre de los hombres, así como lo es de Jesús; será dispensadora universal de los tesoros de gracia adquiridos en aquella jornada. ¿No es esto lo que quiso decirle el Señor con aquella palabra de mística ternura: *Mujer, ve ahí á tu hijo?* ¿No hablaba con nosotros cuando decía al discípulo: *Ahí tienes á tu madre?* ¡Ah, sí, no lo dudemos, cristianos: éste es el sentimiento de toda la Iglesia, sentimiento bien apoyado en la sabiduría y en la misericordia, que son el sello de las disposiciones de Dios.

3. Porque, en efecto: ¿qué cosa más conforme á la sabiduría de Dios que disponer la reparación de una manera análoga al modo como había tenido lugar la caída? Así lo piensa el piadoso San Bernardo. *Ecce si vir cecidit per feminam, iam non erigitur nisi per feminam*². Cayó el hombre por la influencia funesta de la seducida mujer; mas ya no se levantará de su caída sino por la mano de la mujer fuerte y bendita. ¡Alegraos,

¹ Eccl. in fest. Sept. Dolor. B. V.² Hom. 2 super *Missus*.

oh padres del género humano! Corre, Eva, á María; corre, madre, hacia tu hija: ella responderá por ti, ella borrará tu oprobio. Y tú, infeliz Adán, muda ya la expresión de inícuca excusa en voz de acción de gracias; y, en vez de decir: «La mujer que me diste me dió de comer fruto de muerte», dí: «Señor, la mujer que me diste me brindó el fruto de vida, y ese fruto dulcísimo me ha resucitado.»¹ El fruto, hermanos míos, está allí pendiente del árbol de la cruz; y María, empapada en la sangre que de él mana, nos presenta ese fruto dulcísimo para comunicarnos la vida eterna y verdadera. ¡Bendito el fruto de tu vientre! Y ¡bendita tú entre las mujeres!² Por otra parte ¡qué designio tan lleno de misericordia! Hacer intervenir en la dispensación de la gracia la mano de una madre, interesar en la salvación del hombre el corazón maternal, ¿no es dar á la Redención una nueva eficacia, decisiva algunas veces por su misma suavidad? ¿No es el cariño puro y santo de una madre, no es su imagen indeleble en el corazón del hombre, lo que hace de éste un héroe superior á todas las flaquezas, vencedor en las luchas del corazón con el deber? ¡Ah! ¿qué no podrá en el pecho cristiano el amor de una madre como María, correspondido con otro amor como el de Juan? ¡Arrójate, pecador, en brazos de tu Madre, antes que vayas á dar en los de la desesperación! ¡Acógete, miserable corazón, al regazo de tu madre, y tendrás valor y energía para combatir con el infame placer que te seduce! Hombre, niño, mujer, corred todos á María: la hallaréis al pie de la cruz, orando y llorando por vosotros, como suele hacerlo una madre por sus hijos. Orar y llorar: he ahí

¹ Hom. 2 super *Missus*.

² Luc. 1, 28.

la vida de las madres, más que vida, agonía; pero agonía que aparta al hijo de las sendas de la muerte.

4. ¡Mujer, he ahí á tu hijo! Al designar Jesús con este nombre general á su querida madre, lastimando á primera vista su corazón, ¿no habrá tal vez tenido en mira hacer extensiva hasta cierto punto la gloriosa misión de la maternidad á todas las mujeres de la nueva era, á todas las que habían de seguir las huellas de María? No parece otra cosa, cristianos, sobre todo al reparar en ese grupo de piadosas mujeres que acompañan á María, sosteniéndola en su acerbo dolor. *Stabant autem... et soror matris eius, Maria Cleophae, et Maria Magdalene*¹. ¡Sí, piadosas mujeres cristianas, virtuosas madres de familia y vírgenes sagradas! Todas podéis y debéis aspirar al honor de esta sobrenatural maternidad, asociándoos al ministerio de gracia de la Madre de los pecadores, inflamándoos en su celo y trabajando activamente en la obra de Dios, que es la obra de la salvación de los humanos. Y, pues el honor discernido á María se extiende á todas sus santas compañeras de angustia al pie de la cruz, haceos dignas de pertenecer á ese grupo de Marías, acompañando en sus dolores á Jesús representado en la persona de los pobres, huérfanos, enfermos, menesterosos de toda clase. ¡Sed madres por la caridad, sed hermanas de Jesús, sed fieles compañeras de la Madre de dolores!

CUARTA PALABRA.

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? (Matth. 27, 46.)

El desamparo de Dios, sufrido por el Redentor en pena del pecado.

1. Jesús, el amable Redentor, no ha desamparado al pecador que le invocaba, ni ha dejado huérfana á la

¹ Io. 19, 25.

pobre humanidad, á quien legaba por madre á la suya propia, la piadosísima María. Y á Jesús ¿quién lo ampara en su desolación? ¿quién lo acompaña en aquella vasta soledad de la cruz? ¡Ah! parece que el desamparo ha llegado á su colmo, hasta rayar en lo imposible. Las densas luctuosísimas tinieblas que se han ido extendiendo hace tres horas sobre toda la tierra, sobre-cogiendo de terror los ánimos más esforzados, han des-poblado el Calvario, y han hecho huir despavoridos á los mismos sayones, no quedando al pie del patíbulo más que los soldados de guardia y el grupo de las santas mujeres. El cielo está de luto: el sol ha ido también á esconderse, y la luna teñida de sangre ha corrido á reunírsele, como para llorar juntas aquellas dos lumbreras del firmamento, el eclipse del Sol de Justicia en aquel día trocado en noche lúgubre. También la sacrosanta Víctima está envuelta en frío manto de tinieblas. Su alma sacratísima lo está más aún, porque está hundida en noche de horrible desamparo. Entonces fué cuando, rompiendo el largo silencio de tres horas, y saliendo de altísima contemplación, dió aquella gran voz, significativa de profundos misterios: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?* No es voz de queja, dice el Padre San Agustín, sino palabra de gravísima enseñanza: *Vox ista doctrina est, non querela.* Es la expresión de todos los dolores, principalmente internos, del Salvador, y juntamente de todos los dolores y lágrimas de nuestra pobre naturaleza abrumada de pecados y miserias¹. ¡Ah! ¿quién pudiera penetrar en el fondo de aquel desamparo impenetrable á toda inteligencia creada? Grandes son los misterios que encierra

¹ Vox ipsa magni est expositio sacramenti (S. Leo M.).

esta palabra, y no menos importantes las lecciones que enseña. Procuremos alcanzar algo de unos y otros con la devota consideración.

2. Jesús se ve, en efecto, abandonado en lo más recio de sus penas, no sólo de los hombres y de los ángeles, sino hasta del mismo Dios. ¿Cómo pudo esto suceder? No ciertamente en lo interior del alma del Hombre-Dios, porque ni la Persona del Verbo desamparó jamás á la humanidad que había asumido para siempre, ni la Persona del Padre podía dejar á la del Hijo, con quien es consubstancial, ni, en fin, pudo faltarle á Cristo el amor de su Eterno Padre, que lleno de complacencia miraba el sacrificio de su Hijo obedientísimo. En el Calvario, lo mismo que en el Tabor, Jesús era el Hijo muy amado en quien el Padre se complacía soberanamente¹. Y no obstante la grandeza de ese amor, el Padre, obrando según todo el rigor de su justicia, deja al Hijo soportar todo linaje de afrentas y torturas en la santa humanidad, le abandona á todo el furor de enemigos despiadados que le despedazan, cual lobos carnívoros, y hasta permite que cargue sobre él, victorioso por el momento, el poder infernal de las tinieblas. Y, por más que la sensibilidad se queje, y el corazón lance agudísimos gemidos, y suba al cielo el clamor del paciente, el Padre severo no le atiende ni alarga la diestra para socorrerle. ¿No fué éste un género de horrible desamparo? *Dicitur Deus eum deseruisse, quia potestati persequentium eum exposuit*². Y el Padre San León en términos semejantes dice: *Quasi quædam derelictio fuit, ubi nulla fuit in tanta necessitate exhibitio virtutis.* ¿Qué mayor abandono de parte de la

¹ Marc. I 11.

² Gloss. in Matth.

omnipotencia que esconderle su virtud en necesidad tan extrema? Aquí se cumplieron al pie de la letra las palabras proféticas del Salmista: *Cargad sobre él, oprimidlo, pues Dios mismo lo ha desamparado*¹. Pero ¿puede Dios desamparar al justo perseguido? ¿No asegura expresamente lo contrario la palabra divina?² ¿No afirma el Profeta David que: *jamás llegó á ver un justo desamparado de la Providencia*³? ¡Ah! cristianos, aquí es donde debemos escudriñar el misterio del desamparo de Cristo, misterio que no es otro sino el de la Redención. *Posuit (Deus) in eo iniquitatem omnium nostrum*⁴.

3. ¿Por qué Cristo es desamparado de su mismo Padre? ¿Por qué ese grito lastimero: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Él mismo pregunta á Dios el por qué, no quejándose de su justicia, sino despertando nuestra atención para investigar el motivo de este inaudito y, al parecer, inexplicable abandono. Tal es el pensamiento de San León⁵. Y añade el santo Doctor: «Sepa el mundo entero, reconozca el hombre que la causa del desamparo de Cristo fué el haberse hecho Redentor nuestro, no por efecto de miseria y flaqueza, sino de infinita misericordia; fué el haberse cubierto con la divisa del pecador y haber tomado á su cargo la satisfacción de nuestras culpas.» No le faltara el socorro divino, si Él mismo no hubiese decretado expirar así privado de todo alivio para hacer colmada y superabundante nuestra Redención. Era que Jesús representaba al viejo Adán, al hombre de pecado, y éste era crucificado con Cristo, según dice el Apóstol: *Vetus homo noster simul crucifixus est*⁶; por eso sufría

¹ Ps. 70, 11.² Sap. 10, 13.³ Ps. 36, 25.⁴ Is. 53, 6.⁵ Serm. 17 de Pass.⁶ Rom. 6, 6.

el abandono que justísimamente merecía el pecado. El abandono de Dios, hermanos míos, es el más terrible, pero también el más justo de los castigos del pecado. Al desdén voluntario, al horrible menosprecio que el hombre hace de su Criador y de su Dios, corresponde en buena ley el abandono del hombre por parte de Dios. Pero ¡cuán espantoso no es este castigo! Él solo constituye un verdadero infierno, dado caso que éste consiste esencialmente en la reprobación de Dios y el apartamiento eterno del Sumo Bien. Entendedlo, desgraciados pecadores, que no teméis abandonar á vuestro Dios para entregaros á un vil deleite, á un vicio detestable. ¡Contemplad la desolación y la amargura en que ha puesto á Jesús el abandono de su Padre, nada más que por hallarse revestido de la semejanza y traje del pecador! ¿Qué será del pecador mismo, qué será de aquél con quien el pecado, penetrando en la medula de los huesos, se ha identificado hasta el punto de hacer odiosa al Criador la misma obra de sus manos? *Odio sunt Deo impius et impietas eius*¹. ¿Y qué, si á esta especie de odio y abandono, común á todo pecador y efecto de toda culpa grave, se añade aquel otro especialísimo, aquella suerte de olvido total con que Dios, en lo más riguroso de su ira, parece que deja de su mano á ciertos grandes pecadores, dignos por su fría obstinación, del mayor de los castigos de la divina justicia? Éste es aquel abandono espantoso en que caen ciertas almas endurecidas en el mal, acostumbradas al sacrilegio, al desprecio de Dios y de la Iglesia, henchidas de orgullo y satisfechas, al parecer, de su estado miserable, emancipadas de toda ley, y por eso mismo

¹ Sap. 14, 9.

marcadas de antemano con el negro sello de la impenitencia final. ¡Qué suerte tan horrenda!

4. Pero ¿será que Dios abandona definitivamente al pecador, de manera que no le quede al desgraciado esperanza alguna de remedio ni tabla de salvación? ¿Hay algún hombre condenado ya absolutamente en vida? No, cristianos; por más que llegue á merecerlo nuestra refinada malicia, no lo consiente así la clemencia divina, gracias al abandono voluntario que sufrió el Redentor. Oíd al eminente Doctor de la Iglesia San Cipriano: *Derelictus est Dominus, ne nos derelinquamur; derelictus est, ut a peccatis æternaque morte liberemur*¹. Precisamente por eso ha sido Él desamparado para que no lo fuésemos nosotros; ha sufrido el abandono para librar-nos á nosotros del pecado y de la muerte eterna. Nadie, pues, se arroje en brazos de la desesperación, por enormes que sean sus delitos; porque á nadie, mientras viva, se le cierran las puertas del perdón, á nadie se niegan las gracias suficientes. Cuando otra gracia no quedase al pecador, quedárale el recurso á su Dios crucificado, quedárale el poder de clamar al Redentor: ¡Señor, no me abandones para siempre! ¡acógeme en el seno de tu misericordia, por aquel desamparo con que moriste en la cruz!

QUINTA PALABRA.

Ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio (Io. 19, 28).

La sed del Redentor, aplacada con la fe y el amor de los verdaderos hijos de la Iglesia.

1. Después que Jesús ha rogado por nosotros, ofreciendo á su Padre por nuestra salvación su sangre y sus lágrimas; después que nos ha abierto el paraíso y

¹ Tract. de Pass., apud *Ráulica* l. c. hom. 31.

dádonos por madre y refugio á su dolorosísima Madre; después que ha apurado hasta las heces, por nosotros también, la amarga hiel del desamparo de su mismo Padre: ¿qué le resta por hacer para dar por terminado el gran negocio de nuestra Redención? El holocausto del divino Cordero sin mancilla está á punto de consumarse con el último suspiro de la Víctima, abrasada en la hoguera ardentísima de su propia caridad: la aplicación de los méritos del sacrificio á la salvación del pecador está hecha, y la promesa del Eterno de no anegar al género humano en el diluvio de la eterna perdición ha resonado ya por los ámbitos del cielo: *Nequaquam ultra interficietur omnis caro aquis diluvii*¹. ¿Por qué, pues, no exclama todavía el Salvador: *Consummatum est*: Todo está terminado? ¡Ah! cristianos, el Evangelista, testigo ocular de estos sucesos, es también intérprete de sus misterios. *Ut consummaretur Scriptura, dixit...* Quedaba aún por cumplirse una profecía: *In siti mea potaverunt me aceto*², y Jesucristo quería llenar la medida de su amor, completando su Pasión hasta en los menores detalles, conforme lo había ofrecido él mismo: *Un ápice de la ley no quedará sin cumplirse*³. Era preciso que Jesús agonizante manifestase en acento lastimero la horrible sed que le quemaba las entrañas, y que verdugos desalmados le arrimasen á los labios una esponja empapada en vinagre, así para que nada faltase al cúmulo espantoso de los tormentos del Redentor, como para que la crueldad de los hombres resaltase en el contraste con la generosidad del Hombre-Dios. He aquí, hermanos míos, por qué pronuncia Jesús aquella penetrante y desgarradora palabra: *Sitio*, ¡Tengo

¹ Gen. 9, 11.

² Ps. 68, 22.

³ Matth. 5, 18.

sed! ¡Ay! ¿quién, que no fuese un bárbaro ó un demonio, no se habría movido á compasión del sediento moribundo? ¿Quién de nosotros no hubiera corrido á ofrecerle la misma sangre de las venas para apagar su sed? Pero entonces ¿cómo se cumpliría la Escritura?¹ ¡Insondables arcanos de justicia y de misericordia! Al quejido de Jesús no se responde con otro alivio que con brindarle un poco de vinagre; y el que hace brotar las fuentes cristalinas para refrigerar la sed de sus criaturas², y el que fabrica la miel para regalar á sus hijos³, es regalado con hiel y vinagre, según el pensamiento de San Agustín: *Sic propinator fontium potatur aceto; mellis dator cibatur felle*⁴.

2. Y ¡cómo resalta en este instante la maldad insensata de los hombres al lado de la bondad del Señor! ¿Qué le mueve á Jesús á declarar la sed que le consume, sabiendo perfectamente que esto había de serle ocasión de apurar nuevo tormento? Pues éste es, y no otro, su propósito; éste el más ardiente anhelo de su corazón: padecer más y más, según contempla el piadoso Ludovico Blosio⁵, agotar los dolores, consumir el sacrificio, sin perdonar una sola de las circunstancias que podían hacerlo más penoso, porque el amante Salvador quería que la gracia de la Redención sobreexcediese á la malicia infinita del delito⁶; porque, bebiendo el vinagre acerbo de nuestros pecados, quería él traspasar en nosotros el vino suavísimo de su preciosa sangre⁷. Y, entre tanto que así muestra el torrente de su caridad nuestro amable Redentor, ¿qué hacen los pérfidos

¹ Matth. 26, 54.

² Ps. 103, 10.

³ Ps. 80, 17.

⁴ Caten. in Ps.

⁵ Habuit aliam sitim amplius patiendi.

⁶ Rom. 5, 20.

⁷ S. Ambros., apud Ráulica l. c.

judíos, provocándole á bajar de la cruz, sino excitarle á dejar incompleto el sacrificio, mostrándose así más indignos de la gracia de la salvación? ¡Qué contraste de grandeza y pequeñez, de piedad y de barbarie!

3. Pero sigamos ahondando, piadosos oyentes, en el misterio del *Sitio*, para encontrar su más alta y secreta significación. Insoportable, en verdad, debió de ser el ardor que consumía las fauces del atormentado Jesús, atroz el martirio que le ocasionaba esta sed; pero otra sed le atormentaba todavía más, en sentir de San Cipriano¹: era la sed del amor abrasadísimo de sus pobres redimidos. *Mi sed es de vuestra salvación*, le hace decir San Agustín; *más me atormenta la sed de vuestras almas que la de mi cuerpo*². Ésta es, pues, amados míos, la que exige todo el esfuerzo de nuestra consideración, porque así podremos sacar el más copioso y sazonado fruto de este árbol de la vida. No era, pues, otra la sed de Jesucristo en la cruz sino aquella misma que había manifestado á la Samaritana junto al pozo de Siquém, cuando le pidió de beber³, á quien dijo en seguida: *¡Oh, si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dáme de beber! por ventura tú le pidieras á él, y él te diera el agua viva*⁴. ¿Qué sed era ésa sino el deseo ardentísimo de la conversión de la pobre pecadora? *Sitiebat Iesus mulieris fidem*⁵. De la misma sed abrasado en la cruz el Redentor, parece decir á los judíos y, en ellos, á los pecadores de todos los siglos, á nosotros: Sed tengo y vehemente deseo de vuestra salvación. *Eorum enim fidem*

¹ *Sitis hæc est de ardore dilectionis.*

² S. August. in Ps. 61.

³ Io. 4, 7.

⁴ Io. 4, 10.

⁵ S. August. in Io.